

y que exigirá, en ese mismo año, el pago de unos 8.000 millones entre intereses y amortizaciones —es decir, el equivalente a más de la mitad de las exportaciones previstas para 1978—. Además, una inflación calculada en un 40 por 100, y una serie de crecientes dificultades para la colocación de productos brasileños en el mercado internacional. Eso, en el económico. En el panorama social, el futuro es imprevisible, aun en un plazo tan corto como podría ser un año y en un país generalmente apaciguado como Brasil.

El año 1977 marcó el retorno de una vieja imagen, casi olvidada en el país: las movilizaciones populares. En efecto, a lo largo de todo el año se multiplicaron las manifestaciones estudiantiles y hubo una intensa movilización en el ámbito sindical, mientras juristas y profesionales buscaban sus propios medios para poner de manifiesto su descontento con el régimen. Para colmo, entre los militares también surgieron sectores disonantes, defendiendo el retorno a los cuarteles y la normalización de la vida política.

En cierto sentido, la suerte reservada al general Figueiredo no es de las más envidiables. El deberá suceder a un hombre que, a lo largo de cinco años, gobernó el país como un monarca absolutista, siempre distribuyendo pequeñas dosis de promesas de normalidad política. Hubo progresos, es verdad: hoy día, Brasil es, de las dictaduras militares latinoamericanas, la que se encuentra más cercana a una vía pacífica de transición (pacífica, desde luego, si se compara con las dictaduras vecinas: los derechos humanos continúan sien-

do violados; las libertades individuales siguen restringidas; la tortura, aunque en menor escala, sigue siendo un método, y la opresión de la mayoría de la población permanece como una pieza clave en el esquema de gobierno). Pero Geisel significó, también, una gran defraudación: sus promesas iniciales de una "apertura lenta y gradual" quedaron prácticamente en cero.

Figueiredo llegará al poder coincidiendo con el inevitable ocaso del régimen militar, desgastado por quince años de pésima administración del país. El Brasil que le regala Geisel es un país de insatisfechos, entregado a las corporaciones multinacionales, con sus reservas y riquezas regaladas, por anticipado, a todos los grandes piratas y mercaderes del mundo. Es verdad que, en parte, ese fue el Brasil que Geisel heredó de su antecesor. Lo que muchos millones de brasileños se preguntan es qué clase de país les será devuelto por los militares.

Será seguramente un Brasil bien distinto al de 1964, cuando un golpe de Estado colocó a los generales en el trono. Los grandes problemas no fueron resueltos. Al revés, se agravaron. La industria automovilística y la especulación inmobiliaria crecieron mucho, es verdad. Pero la tasa de mortalidad infantil alcanzó el promedio de 97 muertos por cada mil niños nacidos (en España, según datos de las Naciones Unidas referentes a 1975, la tasa es de 13,8 por cada mil) entre 1964 y 1975 (1). El aumento del coste de la vida fue asustador: para comprar en 1976 algo que en 1965 valía cien cruzeiros, serían necesarios 877. Eso, en Río de Janeiro. En otras ciudades, los precios al consumidor subieron aún más (en Curitiba, por ejemplo, serían necesarios 1.533 cruzeiros, y en Belo Horizonte, 1.102). Desde luego, los salarios no tuvieron el mismo incremento. Entre 1972 y 1976, los salarios subieron un 300 por ciento, mientras el coste de la vida pasaba la barrera del 500 por 100.

La gran expansión de la economía internacional entre 1968 y 1973 trajo para los brasileños la ilusión de un gran "milagro económico". Deshecho el sueño, el país se dio cuenta que el verdadero milagro ha sido sobrevivir. ■ E. N.

(1) En algunas ciudades del Nordeste brasileño, región de miseria, los índices de mortalidad infantil son los siguientes: Recife, 256 muertos por cada mil niños nacidos vivos; João Pessoa, 169; Fortaleza, 140. El record pertenece a Maceió: 347 muertos por cada mil niños nacidos vivos. Esos datos se refieren a las zonas urbanas. En la zona rural suelen ser aún más elevados.

## EL GENERAL

**E**l general João Batista Figueiredo tiene sesenta años y es hijo de otro general. Dos de sus hermanos ostentan el mismo rango. Los caballos son sus amigos: a ellos el general dedica sus mañanas. Fotos del general acariciando el lomo sudoroso de una yegua o saltando obstáculos con gallardía sobre un alazán se hicieron súbitamente comunes en Brasil.

Sus dos hijos son civiles: ingenieros. El general hubiera preferido hijos militares.

El padre del general se llamaba Euclides de Figueiredo. En Brasil es considerado un demócrata. En 1937, cuando se instauró la dictadura populista de Getulio Vargas, el entonces coronel Figueiredo se opuso, fue detenido y exiliado. El hecho de ser hijo de un militar demócrata implicaría cierto aval para las intenciones del nuevo Presidente. Hubo incluso un diputado de São Paulo que definió así al nuevo hombre fuerte del Brasil: "Ilustre, irreprochable, dueño de inteligencia privilegiada, liberal y demócrata, pues tiene todos los cromosomas del padre".

Las especulaciones genéticas, en todo caso, fueron luego suplantadas por el interés que despertaron las declaraciones políticas del general. Por ejemplo: "Deberíamos tener más partidos políticos. No tantos como en España. Sería bueno tener un número impar. Cinco es un buen número". Sobre el régimen militar también llamado "revolución" o "Gobierno revolucionario" en Brasil, él dice que "siempre pretendió normalizar la vida del país. A nosotros no nos gustan las peleas, no queremos pelear, pero muchas veces somos forzados a eso".

En relación con dos temas importantes, la amnistía a todos los presos, exiliados y desterrados políticos y la revisión de las punitivas arbitrarias, la opinión del general no es muy tranquilizadora. "Amnistía es olvido. Y no es posible olvidar los crímenes de los que asaltaron Bancos, asesinaron y secuestraron. Esos crímenes no se pueden olvidar". Pero admite revisar algunos procesos.

Algunas veces, el general escribe poemas. La verdad es que el general escribe poemas muy malos: "Pues la condición primera / de un soldado en formación / es atender que la carrera / no sofoca el corazón" o "No vengo a contar ventajas / ni a reforzar las tintas / quiero darte una imagen / sólo para que sientas / que esta llama que calienta / mi pecho hace cuarenta años / es fuego que sobrevive / a pesar de los desengaños".

Pero el oficio del general es escribir otro tipo de texto: los largos informes confidenciales sobre los temas y ciudadanos de su país. El general es el jefe del temido SNI —Servicio Nacional de Informaciones—, a ejemplo de otro Presidente brasileño anterior, el nefasto Emilio Médici.

Toda su capacidad de manejar datos e informes sobre personas, al fin y al cabo, no le ha ahorrado una molestia: el mismo día en que el Presidente Geisel confirmaba a sus asesores más íntimos que el general Figueiredo era su elegido, el jefe de la Casa Militar, general Hugo Abreu, le pidió que reconsiderara la decisión. Los motivos de esa rara petición estaban en un largo informe, preparado por la Casa Militar, denunciando en detalle todos los negocios muy



El general João Baptista Figueiredo: sus caballos son sus amigos.

poco lícitos en que se hallan envueltos los hombres considerados como "el futuro equipo del futuro Presidente". Inclusive sus dos hijos.

Geisel ignoró la advertencia y el general Abreu dimitió del cargo. Pero la denuncia no obtuvo demasiado eco: al fin y al cabo, la corrupción es sólo uno de los variados ingredientes de la gran receta de las dictaduras militares en América Latina.